

Agradecimiento

El Padre Huberto Damoiseaux al tiempo de volver a su misión del Vaupés cumple con el grato deber de enviar la expresión de su más vivo y sincero agradecimiento, tanto a las autoridades eclesiásticas como a las civiles de la capital, por la manera como ha sido atendido él y la generosidad con que ha sido agasajada su misión. Huberto Damoiseaux agradece así mismo, de corazón, la obra de los 12 apóstoles que tan dignamente preside y dirige el R. P. Arenas S. J. y a las señoras y señoritas. *Marias* de los incipientes santuarios del Vaupés, a cuya generosidad se deben los dos armoniosos y demás artículos que harán el encanto de los indígenas y merecerán a las bienhechoras los favores de Dios en abundancia sin contar las acciones de gracias y bendiciones con que les pagarán aquella pobre gente y sus nunca bastante agradecidos misioneros.

Villavicencio 30 de Abril de 1918.

PRIVARSE ES MORTIFICARSE.

Herido

Lo ha sido en la Colonia el joven Manuel Antonio Sabogal. Atacado por varios, el mismo Sabogal no supo de quien recibiría la bala que le traspasó el antebrazo. Se persigue a los atacantes.

no agotasen la vitalidad y no mantuviesen postradas las fuerzas. Por dichosos pueden tenerse los caballos que sucumben más presto, sin que la muerte dé tiempo a que los atormenten las enfermedades, que son abundantes y variadas, y los métodos curativos, tan crueles de ordinario como las dolencias mismas.

Un adiós tal vez eterno

Cuando Morzante hubo terminado su razonamiento concerniente a los Llanos, clareaba ya.—Hoy, me dijo, es sábado, y mi dueño, el Sr. Cura, debe irse a la parroquia a decir misa mañana. Así es que vamos a separarnos.

—Y cuándo volveremos a vernos? le pregunté.

—Quién sabe. Mi amo viene con alguna frecuencia; pero es muy fácil que en sus próximas visitas a la

RECUERDOS DE GUERRA

La guerra que se nos hace, aparece, bajo sus diversos aspectos de inhumano salvajismo, en los libros o notas que la relatan día por día. Víctimas y testigos han hablado ya, y las ruinas, mucho más elocuentes de lo que se descarta, apoyan y afirman sus declaraciones. Esto es lo que se desprende de los cuatro relatos de diferentes orígenes que nos revelan las costumbres del adversario: uno es cura de un combatiente, otro de una enfermera, el tercero de un ciudadano detenido como rehén, y el último de una francesa recién llegada de las regiones invadidas.

Ilustres prologuistas presentan las obras al público, y dos de ellos, Monseñor Lobbedey y Serge Basset han muerto ya; el tercer prologuista, el general Mailleré, es uno de los gloriosos mutilados de los campos de batalla, y el último es M. Maurice Barrès, uno de los más elocuentes intérpretes del alma francesa.

El soldado, como el "paisano" que vuelve de un cautiverio penosísimo, y lo mismo, la enfermera voluntaria que sufrió el bombardeo de Arras, atestiguan la admirable resistencia de esta Francia hollada por el invasor y dolorida, victoriosa ya a pesar de los incalificables procedimientos de un enemigo que considera que todos los medios son buenos para lograr el apetecido fin.

Estas lecturas reconfortan y consuelan. Ora se cogen los "RECUERDOS DE UN REHEN", del ingeniero Georges Besson, el cual refiere su dolorosa odisea de Hirson a Rastatt; ora se leen las "Memorias de guerra del teniente Hubert de Larmandie, HERIDO, PRISIONERO, LIBERTADO", o las notas cotidianas que Madame Emmanuel, Colombel ha bautizado con el título de "DIARIO DE UNA ENFERMERA DE ARRAS", o el emocionante relato de Madame Haviart de Montagne "La angustiosa vida de las regiones invadidas", en todos ellos se encuentran los mismos rasgos de valiente energía acompañados de excelente humor, referidos con ferisueña en la victoria aun en medio de los más duros padecimientos. Y no hay nada que se pueda comparar a la resistencia de los prisioneros o de los que soportan constantes bombardeos, como no sea la brutalidad de los que los ejecutan, brutalidad mal disfrazada con el falso nombre de represalias.

—Leed esas páginas, decía en su carta prefacio el nunca bastante llorado obispo de Arras, y así sabréis lo que es, sino la guerra, por lo menos los padecimientos que ella provoca y los heroísmos que suscita, en una palabra, lo que se ha llamado el reverso de la guerra. Y en verdad, yo no sé cuál de los dos espectáculos es más fecundo o más instructivo. Con todo, únicamente se trata del rincón de una ambulancia, visto durante un período de tiempo limitado, del mismo modo que en los relatos de nuestros prisioneros se trata tan solo de algunas localidades y de

capital venga en otros caballos.

—De suerte que, si cuando Vd. vuelva, yo por cualquier evento, no estuviera en estas pesebreras, no podremos vernos.

—Por desgracia, eso es muy posible.

Nos pusimos a pastar, pero sin apartarnos uno de otro. Cuando vimos venir al mozo que debía llevarnos a nuestros pesebres, nos dijimos adiós. Este adiós, pensé, será acaso el último?

Continuará

algunos de los procedimientos alemanes. Sin embargo, esto basta para evocar toda una raza, o mejor aun, para evocar dos razas puestas frente a frente. Pues en estas notas trazadas día por día, en las cuales no hay rebuscamiento ninguno, en las que no se encuentran injurias ni declamaciones, el enemigo y sus modos de proceder se encuentran descritos y pintados al natural. Y la crueldad de las torturas resulta demasiado odiosa todavía que la hipocresía de los motivos que se alegan para justificarla.

Hace diez años, uno de sus suscriptores, Raul Auernheimer, juzgando en la *Neue freie Press* del 26 de abril de 1908 a nuestro Mounet-Sully, que se encontraba trabajando de paso en Viena, dijo: "En comparación, con los alemanes por lo menos gente bonachona a quienes no gusta disfrazarse y que cuando lo hacen, lo hacen mal—los franceses han nacido cómicos". Y naturalmente, oponía la "fidelidad alemana" muy poco habil para fingir. Verdaderamente, estas reminiscencias no carecen de sabor, pues en verdad, los "bárbaros", aunque declinan con obstinación este epíteto, se han disfrazado muy mal. Esta es la moral que se desprende de los "Recuerdos de guerra" y el señor Besson ha tenido mil veces razón al escribir: "Si me he decidido a reunir algunos episodios de mis once meses de cautiverio, no ha sido cediendo a un impulso de vanidad sino para aportar mi modesta contribución a la historia anecdótica de la ocupación alemana. Y también para tributar un homenaje de admiración al patriotismo y al valor de mis compañeros."

Estas palabras podrían firmarlas todos los autores de esos "Recuerdos de guerra". Y no obstante, han hecho más y mejor que atestiguar la resistencia y el valor de las víctimas. Sus justicieras declaraciones ponen en la picota a los miserables para los cuales la guerra no tiene leyes, a los que deportan a los no combatientes, torturan a los prisioneros dándoles noticias falsas o amenazándoles constantemente con tratamientos todavía peores, a los que lanzan sobre las catedrales proyectiles incendiarios, bombardean los hospitales, y todo invocando, mejor dicho, profanando el nombre de Dios. Apelar en vano a ese nombre venerable constituye un crimen; y asociarlo a actos que la simple compasión humana, repudia y deplora, constituye una indignidad. Esas "gentes bonachonas a quienes no gusta disfrazarse y que cuando lo hacen, lo hacen mal", ofrecen tristísimo espectáculo en estas "Memorias de la guerra" en las cuales no se hace más que relatar sencillamente sus acciones. Pero, ¿quién tiene la culpa de ello? Si los hombres de Francia que sobreviven y que se acordarán desaparecidos todos, por ellos hablarían las piedras hechas añicos y los edificios desmoronados.

EUGENE GRISSELLE
Secretario General del C. C. P. F.

RECETA

"La cera amarilla y la sal limpiarán y pulirán como cristal el hierro más oxidado. Se envuelve un pedazo de cera en un trapo y se frota con éste el hierro calentado; después también con papel espolvoreado de sal.

MORTIFICARSE ES MERECE

AHORRAR ES MERECE